

quistadores, después de una lucha por ambas partes heroica, y otra civilización que emanó del común tronco latino y cristiano, la cual impera hoy, sin contradicción y por igual, sobre los descendientes de los aborígenes y sobre el nuevo elemento poblador. Vosotros habéis comprendido, señores, que la fusión de dos razas vigorosas, guerreras y de cultura elevada, aunque disímbolas, porque eran desemejantes los elementos y las circunstancias que engendraron la azteca y la latina, tiene que producir, si atinamos con los medios, una agrupación social fuerte, ilustrada y próspera, que contribuya dignamente al progreso y bienestar de la humanidad, y persista, á través de los tiempos, sirviéndoles de incommovibles fundamentos la Libertad, la Ciencia y el Trabajo.»

Tal es el discurso pronunciado en la clausura del Concurso Nacional de 1901, trabajo de carácter científico, cuyo criterio y puntos de vista pensamos haber evidenciado en las líneas que constan preinsertas.—Ante la «*Memoria*» sobre Carlos Calvo, nos encontramos con una labor más genuinamente literaria, á la que sirve de fondo un amplio comentario jurídico á las doctrinas del notable tratadista sudamericano.

—El estilo es el hombre, decía,—evocando á Buffon y precisamenta con motivo del estudio sobre Carlos Calvo—un delicadísimo poeta, admirable-

mente informado, á quien estas líneas traza.—Si la sentencia fuese cierta, la personalidad del señor Limantour vendría á reflejarse, íntegra y completa, en esas páginas; su espíritu, enamorado de las formas severas y del equilibrio fecundo y sano, se asomaría con fidelidad á ese trabajo, que, como hemos dicho, compendia felizmente sus aptitudes literarias. ¿Es así?

Leyendo la «*Memoria*,» bien pronto se descubre la característica del escritor: el pensamiento, ponderado y ecuánime, marcha con firmeza á través de una prosa precisa y clara, que á trechos se antoja *deliberadamente* fría. *Deliberadamente*, porque cuando la frase está próxima á evadirse como pájaro al que se abre la puerta de su prisión, cuando una impensada ansia de libertad estremece las puntas de la pluma, el crítico que tiene dentro Limantour—todos los escritores que hacen obra consciente, tienen dentro un crítico—muéstrase alarmado, y de un inexorable tijeretazo corta las alas de estas aves inquietas que tratan de desparramarse en el aire.—Su severidad mental nos hace perder, de cierto, una gran parte de su fuerza, que busca tenazmente acomodarse en basamentos simétricos, para desarrollarse en curvas armoniosas.—¿Es un culteranita? ¿Es un parnasiano? Ni lo uno ni lo otro. Ni ama azotar la cláusula con las disciplinas del dómine Hermosilla, ni odia, como el poeta francés, el *movimiento*, que «*déplace les lignes*.» Bajo la serena estructura de su concepto, se advierte correr la sangre que anima rítmicamente la palabra escrita.

Y en vano se intentaría poner tachas á la evidente influencia francesa; las lecturas francesas han influído en todos los prosadores y poetas latinoamericanos, que nutridos por la idea—¿quién no sabe que el movimiento insurreccional de la Nueva España fué incubado en los libros de los Enciclopedistas?—no podían dejar de impregnarse en la forma.

He aquí, para no avanzar nuevos juicios, un fragmento de la «*Memoria*» de Carlos Calvo, que puede ilustrar acerca de la materia:

«Aunque su carácter personal y la índole de sus ocupaciones favoritas lo alejaban de la política activa, Carlos Calvo llegó á formar parte de la Cámara de Diputados de la Confederación Argentina. En los países hispanoamericanos, los hombres de importancia en las Letras y en el Derecho, rara vez pueden consagrarse de una manera exclusiva á los trabajos profesionales, ó á los altos estudios de su predilección. Donde la imaginación es fecunda y la educación, desde su juventud, está impregnada de ideas exaltadas de patriotismo y libertad, caen por tierra, fácilmente derribados por los continuos empujes de los torbellinos políticos, los débiles muros tras de los cuales procura vivir tranquilo el hombre de ciencia. A esto contribuye también la escasez relativa de personas de juicio maduro y el altruismo de forma particular que inclina á los nacidos en la América española á prestar sus servicios á la causa política, cuando para ello se

ven solicitados, por agena que sea á su vocación natural la azarosa carrera de la política.

«En el período de convulsiones épicas que registra la historia de todos los países habitados por los descendientes de aquellos hombres de aventura, enérgicos y caballerosos, que poblaron la mayor parte del Nuevo Mundo, los choques sangrientos entre sostenedores del antiguo régimen y los partidarios del sistema basado en las ideas de libertad y de progreso, parecen haber sido siempre fenómenos precursores de la entrada de aquellos Estados en la vida internacional, sobre el mismo pie y con idénticos derechos que las demás naciones.

«Sin duda alguna, Carlos Calvo fué de los que militaron en favor de las ideas nuevas, pero, bien sea que tuviese parte activa en el movimiento revolucionario, ó que sólo simpatizara con él y predicase las doctrinas liberales, las terribles calamidades de la guerra tenían que sugerir á su gran corazón y á su inteligencia privilegiada el propósito de trabajar con ardor, á fin de lograr, algún día, que las relaciones de los pueblos entre sí y las de los partidos políticos en una misma nación, en vez apoyarse en la fuerza, alcanzaran un estado de cultura superior, cuya base fuesen el derecho y la justicia.

«Este pensamiento era, evidentemente, la vieja utopía de numerosos pensadores en los pasados siglos; la Iglesia, los reformistas, muchos filósofos, buscaron, en efecto, por distintos caminos, la realización del mismo desiderátum; pero Carlos Calvo,

con gran perspicacia, comprendió que, para dar á esa utopía las condiciones de ideal político, era indispensable consagrarse con perseverancia á pagar, por todo el mundo y en todas las clases sociales, la verdadera concepción del derecho, y consideró que su deber fundamental, en ese camino, consistía en acumular los elementos necesarios, para facilitar el estudio metódico de los principios del Derecho de Gentes. Llevó á esa labor importante el fruto de sus propias meditaciones y una absoluta devoción á la causa de la paz y á la protección de los débiles.»

¿Queréis ver ahora, redivivo, al célebre diplomático argentino, penetraros del valer intelectual y social del hombre, llegar á su existencia íntima y gozar de la contemplación de esta atractiva personalidad? Leed estas líneas, escritas con una sinceridad amable y efusiva:

«De aspecto distinguido, de facciones regulares, ojos muy expresivos y una tez blanca, ligeramente rosada, Carlos Calvo poseía un trato finísimo, que le conquistaba las simpatías de cuantos se le acercaban. Por su rectitud, su franqueza y su riqueza intelectual, obtuvo siempre mucho éxito en los círculos diplomáticos. En todas las capitales donde estuvo al frente de alguna legación, acudían á ella notabilidades de la Ciencia, de la Política y de las Letras, Además, en París, daba un brillo especial á sus reuniones la numerosa y opulenta colonia argentina, compuesta de tantos hombres de saber y mujeres encantadoras, que tienen el buen gusto

de considerar á Francia como la tierra de su predilección, después de la natal, y que llegan á este centro de bellísimos ideales y tentadoras realidades, con la esperanza, raras veces frustrada, de encontrar solaz para todas las energías de la vida, alimento para el espíritu, y motivo de expansión para los afectos que el arte y la solidaridad humana estimulan.

«Justo es no pasar en silencio la delicada colaboración que, en sus relaciones mundanas y de intimidad, recibió Carlos Calvo de la mujer, llena de dulzura, con quien desde joven unió sus destinos. Dotada de una inteligencia superior, de gran afabilidad y de mucho tacto, la compañera del eminente diplomático fué una esposa modelo, que completó la felicidad conyugal con tres vástagos, uno de los cuales, el mayor de los varones, siguió con lucimiento la carrera que tanto honró el padre. Dichosos aquellos que, al entregarse con absoluta devoción al servicio de su país durante todo el período de la vida, saben formar un hogar lleno de dulzura, una familia sin tacha, útil á la sociedad!

«Carlos Calvo medía sus palabras; por consiguiente, su conversación era lenta, ordenada, y, además, de gran atractivo y amena. Recuerdan, los que lo escuchaban en la intimidad, cuánto se complacía en hablar de los sorprendentes adelantos de su país y en augurar para éste el más grandioso porvenir. El prodigioso crecimiento de Buenos Aires le causaba verdadero entusiasmo y á menudo lo comparaba con la sin igual capital de

Francia, diciendo que la gran ciudad argentina representaría, dentro de poco tiempo, en la América del Sur, el papel que aquélla en Europa.

«Esta admiración por su patria, que explican los sentimientos exquisitos de Carlos Calvo y el maravilloso desarrollo del país que fué su cuna, en nada amenguó el amor que profesó á la causa del progreso y del engrandecimiento de la América Latina, sin distinción de nacionalidades. Hablaba constantemente y con calor, de todo cuanto era capaz de estrechar los vínculos, demasiado laxos todavía, que unen á los miembros de la gran familia iberoamericana; y tan lejos estaba de entregarse á fantásticos ensueños, aun en los momentos en que dejaba en libertad á su imaginación, que muchos de sus deseos, que en aquella época parecían utopías, se están convirtiendo ya en realidades: Unidad de principios en ciertas materias de Derecho público y de Legislación civil ó penal, comunión de ideas entre determinadas agrupaciones y centros intelectuales, procedimientos uniformes para evitar conflictos ó dirimirlos amistosamente; y, en el orden material, construcción de vías férreas y establecimiento de líneas de vapores que faciliten las comunicaciones y el tráfico de unos pueblos con otros, arreglos internacionales para el desarrollo de los intereses recíprocos, para protegerse de los enemigos comunes, de los perturbadores del orden social y hasta de las enfermedades contagiosas; todo esto, y más todavía, realizado ya ó á punto de serlo por las naciones iberoamericanas, objeto de

la constante solicitud de mi sabio predecesor, hacen desear que éstas lleguen á constituir una Federación de índole especial, amplísima por la libertad que asegure á cada uno de sus miembros, la autonomía para gobernarse en el interior y responder de sus propios actos; pero encauzada, forzosamente, por la senda del progreso, hacia la consecución de los fines mutuos.

«Alguna vez, en la lectura de los libros de Carlos Calvo, donde se transparenta su vivísimo interés por todo cuanto ha ocurrido ó puede acontecer entre el Río Grande del Norte y el Estrecho de Magallanes, me ha pasado por la mente, de improviso y fugaz, la idea de que, al transferir á un mexicano la honrosa investidura que por la muerte perdió el argentino, pasándola así de un extremo al otro del mundo de Colón, el Instituto de Francia quiso, con ello, abarcar en un mismo acto de simpatía á todos los pueblos que componen la América Latina, y depositar, como un supremo homenaje, sobre la tumba del insigne publicista, un haz de hermosos pensamientos, de aquellos, precisamente, que fueron sus mayores ilusiones.»

¿No es verdad que hay en los párrafos reproducidos madera con qué labrar á un escritor cultísimo, intencionado y discreto? Acaso un comentador atinadísimo de nuestros hechos sociales, tal vez un sereno y justiciero crítico de historia.—Las orientaciones de su labor han llevado por otros rumbos su espíritu; de no ser así, las Letras Patrias lo habrían contado entre uno de sus cultivadores más insinuantes.

En la tribuna, el señor Limantour es la misma personalidad, severa y sencilla; su figura se destaca bien cortada y erguida, elévase su voz en períodos claros y concisos; el ademán es breve, como la palabra, y apenas como que esboza la idea, que encauza sin titubeos en una dicción fácil y espontánea. Ni un sólo *efecto*, ni un sólo *recurso*; no habla para vencer por sorpresa, sino para dejar huella honda y duradera.—Al verle aparecer en la Cámara de Diputados, al oírlo informar en aquella asamblea, cuidadosa y pormenorizadamente acerca de alguna de sus operaciones financieras, se tiene la impresión de un jefe de gabinete europeo, de un primer Ministro inglés, atento y solícito con la representación popular, deseoso de alcanzar esa *pression from without*—según la frase consagrada,—es decir, el asentimiento de la opinión como médula de su propia responsabilidad.

Cosa extraña: este hombre, tan admirablemente acondicionado para las ciencias económicas y políticas, es, al mismo tiempo, un profundo conocedor de las exactas. Y de esta suerte, el señor Limantour discurre con arquitectos é ingenieros tan fácil y certeramente, que podía tomársele por uno de ellos; discute los proyectos, examina los planos, arriesga observaciones, propone reformas, inspecciona los trabajos; parece estar en su propio campo de actividad. Ya lo hemos visto llevarla, dentro

de este especial punto de vista, á las obras del Drenaje y á las del Desagüe.—La ciudad de México se embellece; tres ó cuatro grandes edificios elevan sus macizos arquitectónicos, en los que predominan la elegancia y el buen gusto: la Casa de Correos, el Teatro Nacional, el Ministerio de Comunicaciones; otros, como el Palacio del Poder Legislativo, caminan en la medida de las posibilidades. Y en todas esas construcciones están los rastros de la personalidad del Ministro de Hacienda; en todas se encuentran su depurado consejo y su indicación atinada.

Hay todavía otros lugares en la capital de la República á los que el señor Limantour ha llevado su afanoso esmero y su sentido artístico: los jardines y paseos. Ha sido constante empeño suyo multiplicar los espacios libres en las poblaciones, y á este fin obedece el plan de construir grandes parques en los alrededores de la ciudad, á virtud del aprovechamiento de terrenos adaptables á tal propósito. Por indicación suya, y con este objeto, ha adquirido el Gobierno el hipódromo de Peralvillo y el Rancho de Balbuena; así como, asimismo por su insinuación, se ha desistido de la venta de la Escuela de Agricultura para urbanizarla, proyecto que ya se había lanzado al campo de los negocios.—El viejo bosque de Chapultepec ha resurgido del abandono en que yació durante largos años; señálanse amplias avenidas, lagos, «parterres», macizos de flores raras, y, sobre todo, un cuidado, una delicadeza hacia esos gigantes seculares de frondosa